

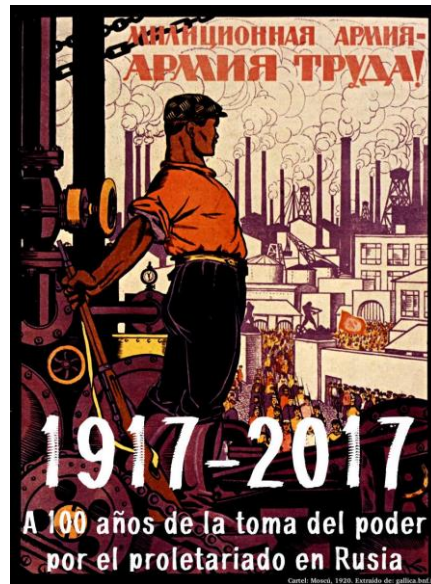
Programa de paz

León Trotsky
25 de mayo de 1917

Versión al castellano desde
“Programme de paix”, en *La guerre et
la révolution*, Tomo Segundo, Editions
Tête de Feuilles, París, 1974,
páginas 308-326

Valencia, diciembre de 2017
germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



A cien años de la revolución proletaria de 1917

Índice

<i>I ¿Qué es el programa de paz?</i>	5
<i>II “Status quo ante bellum”</i>	7
<i>III El derecho a la autodeterminación</i>	9
<i>IV Los Estados Unidos de Europa</i>	11
<i>Epílogo de 1922</i>	15

El Gobierno Provisional (segunda versión) ha declarado que tenía la intención de salvaguardar una paz sin anexiones, sin indemnizaciones de guerra y con la garantía del derecho a la autodeterminación nacional. A las almas sencillas esta fórmula puede parecerles una solución magnánima a la cuestión, particularmente tras el descaro imperialista de Miliukov. Pero quien esté familiarizado con las fórmulas anglo-francesas (de la compañía Lloyd George-Briand-Ribot) no mira esta declaración del Gobierno Provisional más que con una desconfianza saludable. Desde la creación del mundo, jamás las clases dirigentes han mentido tanto como durante la guerra actual. “Esta guerra es una guerra llevada a cabo por la democracia”, “Esta guerra es una guerra por la paz y la alianza de los pueblos”, “Esta guerra será la última guerra”. Bajo la cobertura de estos eslóganes, se disimula la intoxicación progresiva de los pueblos, uno tras otro. Cuanto más desvergonzado y cínico es el sentido histórico de esta lucha imperialista, más intentan disimularlo los gobiernos mediante fórmulas impactantes. La burguesía norteamericana se mezcla en la guerra, defendiendo su derecho sagrado a proveer de armamentos a Europa y a enriquecerse con la sangre europea: qué más natural para el apóstol democrático Wilson que poner en movimiento a los corifeos del pacifismo.

Los socialpatriotas han trabajado mucho para elaborar fórmulas contundentes; ese es, por otra parte, su papel principal en el mecanismo de esta guerra. Proponiéndoles a las masas objetivos tales como “defensa de la patria”, o “establecimiento de un arbitraje internacional”, o “liberación de los pueblos oprimidos”, el socialpatriotismo liga la solución de estos problemas a la victoria de su propio país. Incansablemente ha movilizad los eslóganes idealistas para los intereses del capitalismo.

El carácter sin salida de la guerra, la destrucción económica general, el aumento del descontento y de la impaciencia de las masas (que acaban de expresarse con un magnífico comienzo: la revolución en Rusia), todo esto obliga a los gobernantes a buscar un medio de liquidar la guerra.

Es evidente que la mejor liquidación sería la “victoria decisiva”. Los imperialistas alemanes demuestran que, sin victoria, el régimen está amenazado. Los nacionalistas franceses hacen la misma demostración en lo concerniente a Francia. Pero cuanto más se prolonga la guerra, menos posible¹ parece una “victoria decisiva”, más se alarma el estado de ánimo de los dirigentes, y también el de sus auxiliares, los socialpatriotas. La liquidación de la guerra por un acuerdo de cansancio (sobre las espaldas de las pequeñas naciones), así como el restablecimiento de la [Segunda] Internacional mediante el mutuo perdón de las faltas cometidas, es el problema más espinoso para la diplomacia socialpatriota.

Los gobernantes sienten la necesidad imperiosa de la paz. Pero al mismo tiempo la temen, pues saben que el día en que comiencen las conversaciones será también el día de los ajustes de cuentas. Por eso la diplomacia oficial no ve con malos ojos que los socialpatriotas se aventuren sobre el frágil cristal de las propuestas de paz. Se establece, por supuesto, una distancia prudencial entre ellos y los poderes para caso de fracaso. En este tanteo semioficial del terreno se sitúa la Conferencia “Socialista” de Estocolmo.

¹ En este estudio de la situación militar no hemos tenido en cuenta el papel ejercido por los USA cuya intervención armada provocó la derrota alemana. [Nota de Trotsky a la edición de 1922]

La contradicción interna de esta conferencia se ve más clara en la política del Gobierno Provisional. En nombre del programa de “paz sin anexiones”, Terechenko convence a los imperialistas aliados a avenirse a una forma honorable de vida, Kerensky, sin esperar los frutos de esta conversión, prepara el ejército para la ofensiva, y Tsereteli y Skobelev se apresuran a entablar negociaciones de paz en Estocolmo. A las exhortaciones de Terechenko, el embajador italiano replica con una declaración de protectorado sobre Albania. Ribot repite que una victoria completa es indispensable, negándoles los pasaportes de los socialistas invitados a Estocolmo por los colegas de Ribot. Sea cual sea el objetivo con el que se toma el programa de la “paz sin anexiones” dirigido a los aliados (eslogan ofensivo o pretexto para las conversaciones de paz) este programa no nos inspira más que una total desconfianza. Renaudel ya les explica a sus patronos (las clases dirigentes) que sólo se dirige a Estocolmo para develar las intenciones de los socialistas alemanes, y convencer a los trabajadores franceses y aliados de la absoluta necesidad de llevar adelante la guerra “hasta el final”. Debemos pensar que Scheidemann también está provisto de un plan parecido. Nada nos asegura que la conferencia esté dedicada a conversaciones de paz. Verosímilmente también puede ser el medio para encender el fuego mal extinguido de las pasiones chovinistas. Bajo estas condiciones sería un crimen por nuestra parte convencer a las masas para que le otorguen su confianza a la Conferencia de Estocolmo y desviar la atención del único camino, es decir, la vía revolucionaria, hacia la paz y la fraternidad de los pueblos.

La iniciativa de la convocatoria de la conferencia se encuentra en manos del Comité Ejecutivo de los Consejos de Delegados Obreros y Soldados. Esto le confiere a la empresa una gran ambigüedad. No siendo una organización revolucionaria, el comité, sin embargo, habla en nombre de las masas profundamente revolucionarias. Al mismo tiempo, y aprovechando la falta de información de las masas, a la cabeza del comité se encuentran los politicastos henchidos de escepticismo pequeñoburgués y de desconfianza hacia el proletariado y la revolución social.

El *Izvestia Sovieta*, bajo la presión de la crítica internacionalista dice:

“No tendría ningún sentido convocar una conferencia de los diplomáticos socialistas que se sentarían a la mesa con la esperanza de rehacer el mapa de Europa. Tal conferencia, no solamente no daría ningún resultado positivo, sino que causaría un gran daño al dividir a los socialistas de los diferentes países, mientras sus miradas no se extiendan más allá de los problemas nacionales.

Sólo otra conferencia daría sus frutos, aquella en que cada uno de los grupos participantes se sintiese, desde el principio, una unidad del gran ejército del trabajo, unidos por una obra común con esfuerzos comunes.

Esto es así [concluye *Izvestia Sovieta*]. Planteemos la cuestión al Comité Ejecutivo”.

Izvestia no toma en cuenta esta simple circunstancia: que el Comité Ejecutivo está estrechamente ligado a la diplomacia capitalista rusa y, a través de ella, a la diplomacia aliada. Declarándose “en principio” por la escisión de la unidad nacional, el Comité Ejecutivo se esfuerza en fortalecer la unidad nacional de su propio país. Con tales comienzos, la conferencia, incluso si lograrse llevarse a cabo, no podría más que revelar su impotencia. Sería dar muestras de ligereza y ceguera asumir ante las masas la responsabilidad de una empresa cuya misma base adolece de ambigüedad y de falta de principios.

Para nosotros, un programa de paz es un programa de lucha revolucionaria llevada adelante por el proletariado contra las clases dirigentes. Los socialistas revolucionarios formularon los principios de esta lucha en Zimmerwald y Kienthal. Ahora tenemos menos motivos que nunca para arrodillarnos frente a los “principios” de

Kerensky y de Tsereteli. Hemos entrado en una época de potentes convulsiones revolucionarias. Las políticas de compromiso y de aventurerismo serán eliminadas rápidamente. Marchar a la altura del movimiento de la historia sólo es posible por medio de un partido que ha elaborado su programa y su táctica sobre el desarrollo de la lucha social y revolucionaria mundial, llevada adelante, en primer lugar, por el proletariado europeo.

Petrogrado, 25 de mayo de 1917

I ¿Qué es el programa de paz?

¿Qué es el programa de paz? Desde el punto de vista de las clases poseedoras y de los partidos que las sirven, es la totalidad de las exigencias cuya realización ha sido confiada al militarismo. Así, para realizar el programa de Miliukov, hay que apoderarse de Constantinopla con las armas en la mano. El de Vandervelde reclama la salida inmediata de los alemanes de Bélgica. En resumen, solo se ajustan cuentas mediante operaciones militares. Dicho de otro modo, el programa de paz es un programa de guerra. Esto se presentaba así *hasta la intervención de una tercera fuerza*, la Internacional Socialista. Para el proletariado revolucionario, el programa de paz no expresa las exigencias que debe realizar el militarismo, sino las que los trabajadores revolucionarios quieren ligar a su lucha contra el militarismo de todos los países. Cuanto más se extiende el movimiento internacional revolucionario, más independientes se vuelven los problemas de la paz de la situación puramente militar, y disminuye más el peligro de que las condiciones de paz sean entendidas por las masas como objetivos de guerra.

Esto es lo que se revela más vivamente en la cuestión de la suerte de las pequeñas naciones y de los gobiernos débiles. La guerra se inició con la aplastante agresión alemana contra Bélgica y Luxemburgo. En resonancia al trueno producido por la derrota de un pequeño país, junto a la falsa e hipócrita indignación de las clases dirigentes del otro campo, se hace escuchar la cólera sincera de las masas cuya simpatía se dirige a un pequeño país aplastado porque se encuentra entre dos gigantes.

Al inicio de la guerra, la suerte de Bélgica llevaba la impronta de un drama excepcional, pero treinta y cuatro meses de guerra han mostrado que este pequeño episodio no era más que el primero en la vía de la solución de los problemas que implica la guerra imperialista: *la sumisión de los débiles a los fuertes*.

En el dominio de las relaciones internacionales, el capitalismo ha aplicado los métodos por los que “regulariza” la vida económica interna de las naciones. El camino de la competencia es el de la eliminación sistemática de las pequeñas y medianas empresas y del triunfo del gran capital. La rivalidad mundial de las fuerzas capitalistas significa la sumisión sistemática de las naciones débiles y atrasadas a las grandes potencias. Cuanto más se eleva la técnica, más grande es el papel desarrollado por las finanzas y más caen en la dependencia las naciones débiles. Este proceso se cumple sin interrupción en tiempos de paz, por intermedio de préstamos gubernamentales, de ferrocarriles y otras concesiones, de acuerdos diplomáticos y militares, etc. La guerra ha desvelado y acelerado este proceso introduciendo en él un factor de violencia abierta. Destruye los últimos reflejos de independencia de los países débiles, independientemente de la salida del conflicto.

Bélgica gime todavía bajo la opresión de la soldadesca alemana. Pero esto no es más que la expresión externa, sangrienta y dramática, de la destrucción de su independencia. La “liberación” de Bélgica no es un problema aislado para los Aliados. Tanto durante la guerra como después de las hostilidades, Bélgica no será más que un

peón en el juego de los gigantes capitalistas. Sin la intervención de la tercera fuerza (la *Internacional*), Bélgica permanecerá presa en las garras de Alemania, o bien será sometida a Inglaterra, o más aún será dividida entre los carniceros de ambos campos.

Lo mismo puede decirse de Serbia, cuya energía nacional ha servido de pesa en las balanzas imperialistas mundiales, cuyas oscilaciones no dependen en nada de los intereses serbios.

Los Imperios Centrales han arrastrado a la guerra a Turquía y Bulgaria. ¿Formarán parte del bloque imperialista austro-húngaro o servirán de moneda de cambio? Pase lo que pase, el último capítulo de la historia de su independencia ha terminado.

Más típico aún es el ejemplo ofrecido por Persia: la liquidación de su independencia fue consagrada por el acuerdo anglo-ruso de 1907.

Rumania y Grecia nos muestran claramente qué libertad otorgan los grandes trust a las pequeñas empresas. Rumania ha preferido cumplir un gesto de libre elección levantando las esclusas de su neutralidad. Grecia se ha esforzado pasivamente en “quedarse en casa”, con lo que demuestra mejor toda la hipocresía de la lucha “neutralista” por la autodeterminación, todos los ejércitos europeos han pisoteado el territorio griego. En el mejor de los casos, la libertad de elección se limita a una forma de autoinactividad. En lo tocante a Rumania y Grecia, se levanta el mismo balance: ambos países sirven de peones a los grandes jugadores.

Al otro extremo de Europa, el pequeño Portugal ha creído que era bueno mezclarse en los combates junto a los Aliados. Su decisión podría parecer incomprensible si no recordamos que no es más que un territorio bajo protectorado inglés y que su libertad es tan grande como la del gobierno de Tver o de Irlanda.

Las clases poseedoras de los Países Bajos y de los Estados Escandinavos apilan montañas de oro gracias a la guerra. Pero la fragilidad de la “soberanía” de estas naciones aparece tanto más frágil cuanto que, aun cuando sobreviva al conflicto bélico, será puesta en entredicho en el gran ajuste de cuentas al final de la guerra.

Una Polonia “independiente” en una Europa imperialista sólo puede conservar una apariencia de independencia estando bajo la cobertura financiera y militar de una de las grandes potencias.

La soberanía de Suiza depende de su abastecimiento. Y los dirigentes de la pequeña república, barriendo con el sombrero en la mano las escalinatas de las potencias en guerra, ofrecen un cuadro muy claro de lo que puede significar la neutralidad y la independencia de un país que no dispone de millones de bayonetas.

Si, gracias a la multiplicación de los frentes y de los participantes, la guerra ha hecho imposible a cualquier gobierno precisar sus objetivos de guerra, las pequeñas potencias tienen la ventaja de saber que su suerte está determinada de antemano. Cualquiera sea el vencedor, cualquiera sea el vencido, el retorno de las pequeñas naciones a la independencia es imposible. ¿Vencerá Alemania? ¿Saldrá victoriosa Inglaterra? Esto sólo resuelve la cuestión de saber *quién* será el amo de los pequeños países. Sólo los charlatanes o los imbéciles incurables pueden ligar la libertad de las naciones débiles a la victoria de uno u otro campo.

Una tercera salida infinitamente más probable de la guerra será una *partida nula*; la ausencia de una clara superioridad en uno de los campos beligerantes sólo sirve para desvelar el predominio de los fuertes sobre los débiles de cada campo y la de los bloques en guerra sobre las víctimas “neutras” del imperialismo. La salida de la guerra sin vencedores ni vencidos no garantiza nada, ni a nadie, (*los vencidos* serán los pequeños estados, que habrán derramado su sangre en los campos de batalla, y que habrán buscado protegerse bajo la sombra de su neutralidad).

La independencia de los belgas, de los serbios, de los polacos, de los armenios, etc., no es para nosotros una fracción del programa de guerra de los Aliados (como para Guesde, Plejánov, Vandervelde, Henderson, etc.) sino que está inscrita en el programa de la lucha del proletariado internacional contra el imperialismo.

II “Status quo ante bellum”

Bajo las actuales condiciones, el proletariado ¿no puede promover su “programa de paz”, es decir, la solución a su manera de las cuestiones que han engendrado la guerra o que han surgido en el curso de su desarrollo?

Se nos ha dicho que para realizar este programa al proletariado le faltan actualmente fuerzas. Solo sería una utopía. Pero el tema es diferente si la lucha tuviese como objetivo el cese inmediato de la guerra y la paz sin anexiones, por lo tanto, el retorno al estado de cosas antes de las hostilidades. Este es un programa mucho más realista. Estas son las conclusiones a las que han llegado Martov, Martinov y otros mencheviques-internacionalistas que, sobre este punto como sobre otros, adoptan puntos de vista no revolucionarios, sino conservadores (*no* a la revolución social, *sino* restablecimiento de la lucha de clases, *no* a la [Tercera Internacional](#), *sino* regreso a la Segunda, *no* a un programa revolucionario de paz, *sino* aceptación del *status quo ante bellum*, *no* a la conquista del poder por los Consejos de Obreros y Soldados, *sino* vuelta al poder de los partidos burgueses...). Sin embargo, ¿en qué sentido se puede hablar de la “realidad” de la lucha por el cese de la guerra y la paz sin anexiones? Es indudable que la guerra terminará tarde o temprano. En el sentido “atentista [espera]” el eslogan de cese de la guerra es, sin discusión, “realista”, porque es cegadora por lo evidente. Pero ¿en el sentido revolucionario?... ¿No es utópico imaginarse que el proletariado tenga suficiente fuerza para detener la guerra contra la voluntad de los dirigentes? ¿A causa de esto, no es necesario rechazar el eslogan de cese de guerra? Llevemos más lejos aún nuestro razonamiento. ¿Bajo qué condiciones se hará el cese de guerra? Aquí, si se razona teóricamente, se presentan tres posiciones típicas: -1) victoria decisiva de uno de los dos campos; -2) agotamiento general de los beligerantes, en ausencia de una superioridad aplastante de uno de ellos, -3) intervención del proletariado revolucionario deteniendo el desarrollo “natural” de las hostilidades.

Está bien claro que si la guerra termina con la victoria total de uno de los campos, sería ingenuo contar con una paz sin anexiones. Si Scheidemann y Landsberg intervienen en el parlamento a favor de una paz así, es con el cálculo que estas protestas no impedirán proceder a anexiones “beneficiosas”. Nuestro generalísimo, Alexeiev, tratando la paz sin anexiones de “frase utópica”, ha concluido firmemente que el objetivo primordial era la ofensiva y que, en caso de éxito, todo el resto se arreglaría por sí mismo². Para arrancar las anexiones de las manos de la potencia victoriosa, armadas de cabo a rabo, al proletariado le hará falta, además de la buena voluntad, la fuerza revolucionaria y la capacidad de ponerla en acción. En ningún caso, el proletariado tendría a su disposición los medios “económicos” indispensables para hacer renunciar al botín que el vencedor se ha apropiado.

El segundo punto, sobre el que se basan los partidarios de la “paz sin anexiones y sin nada más”, supone que la guerra, si no es interrumpida por la intervención del proletariado, agotando a todas las fuerzas vivas de los combatientes, terminará con el debilitamiento general, sin vencedores ni vencidos. A esta situación, en que el militarismo se revela demasiado débil para conquistar y el proletariado demasiado débil

² La destitución del general no objeta en nada a la justicia de sus declaraciones.

para hacer la revolución, los internacionalistas pasivos quieren aplicarle el programa de “paz sin anexiones” que formulan como el regreso al *status quo ante bellum*. Pero aquí el realismo descubre su Talón de Aquiles. Si la guerra acaba en “partida nula” no excluye para nada las anexiones. Al contrario, las *postula*. Si ninguno de los bloques beligerantes triunfa, esto no significa que Serbia, Grecia, Bélgica, Polonia, Persia, Siria, Armenia, etc., permanecerán intactas. Al contrario, las anexiones se harán a costa de los más débiles. Para impedir este juego de “compensaciones”, es necesario que el proletariado entre directamente en lucha contra los dirigentes. Los artículos, los mítines, las intervenciones parlamentarias, e incluso las manifestaciones en las calles, nunca han impedido ni impedirán que los gobernantes (mediante acuerdo o acuerdos) hagan conquistas territoriales y opriman a las naciones débiles.

El tercer punto es el más claro de todos. Propone que el proletariado internacional se subleve con tal fuerza que paralice y detenga la guerra. Es evidente que, manifestando semejante vigor, no se limitará a realizar un programa puramente conservador.

Por tanto, la realización de una paz sin anexiones supone, *en todos los casos*, un movimiento revolucionario potente. Pero si se supone la existencia de tal movimiento, el programa indicado es miserable en relación a lo que podría ser. El *status quo ante bellum* (este producto de las guerras, de las exacciones, de las opresiones, del legitimismo, de la hipocresía de los diplomáticos y de la estupidez de los pueblos) queda como el único contenido positivo del eslogan “guerra sin anexiones”.

En su lucha contra el imperialismo, el proletariado no puede fijarse como objetivo el regreso al viejo mapa europeo; debe promover *su propio programa de relaciones gubernamentales y nacionales* respondiendo a las tendencias fundamentales del desarrollo económico, al carácter revolucionario de la época y a los intereses socialistas del proletariado.

Aisladamente, el eslogan “sin anexiones” no procura ningún criterio de orientación política para las cuestiones que surgen en el curso de la guerra. Si se supone que Francia recupere Alsacia y Lorena ¿la socialdemocracia alemana, siguiendo a Scheidemann, tendrá la obligación de exigir el regreso de esas provincias a Alemania? ¿Exigiremos el retorno del Reino de Polonia a Rusia? ¿Debemos esperar que Japón restituya Kiao-Cheu... a Alemania? ¿Italia devolverá sus conquistas del Trento? Incluso solamente suponerlo sería pura imbecilidad. ¿Nos mostraríamos partidarios del legitimismo, es decir, defensores de los derechos dinásticos e “históricos” en el más puro espíritu reaccionario? ¡Lástima que la realización de ese programa exija la revolución!

Sólo podemos adelantar el siguiente principio: *pedir la opinión al pueblo interesado*. Cae por su peso que este criterio no es absoluto. Así, los socialistas franceses hacen de la cuestión alsaciana una vergonzosa comedia: primero se ocupa, y luego se reclama el consentimiento de la población. Es seguro que un auténtico plebiscito sólo puede tener lugar bajo *condiciones revolucionarias*, cuando la población pueda pronunciarse libremente, no frente a la boca de un revólver, sea francés o alemán.

El único sentido verdadero del eslogan “sin anexiones” conduce a la declaración contra *nuevas conquistas territoriales*, es decir a la negación de la expresión del *derecho de los pueblos a la autodeterminación*. Pero vemos que este famoso derecho “democrático sin discusión”, se cambia inevitablemente en derecho para las naciones fuertes a dominar a las débiles, en “papel mojado”, y hará de Europa un mapa político en el que las naciones separadas por las barreras aduaneras chocarán sin cesar en sus luchas imperialistas. Este estado de cosas no puede ser impedido más que por la

revolución proletaria. El centro de gravedad de la cuestión radica en la realización del programa proletario de paz y de la revolución social.

III El derecho a la autodeterminación

Más arriba hemos visto que la socialdemocracia no puede dar un solo paso adelante en el terreno de los agrupamientos nacionales y gubernamentales sin el principio de autodeterminación, que es el derecho de cada pueblo a elegir *su destino gubernamental*, es decir, el derecho a separarse de un gobierno que domina varias nacionalidades (por ejemplo: Rusia y Austria). Democráticamente hablando, el único medio de conocer la voluntad de un pueblo es consultarlo por la vía del referéndum. Pero, en realidad, esta obligación democrática sigue siendo puramente *formal*. No nos dice nada sobre las posibilidades reales, las vías y los medios, de la autodeterminación nacional bajo las actuales condiciones de la economía capitalista. Y justamente ahí está el centro de gravedad de la cuestión.

Si no para la mayoría de las naciones oprimidas sí que para muchas de ellas la autodeterminación significa la ruptura de las fronteras y el desmembramiento de las potencias actuales. Este principio democrático conduce, en particular, a la liberación de las colonias. La política imperialista apunta a la ampliación de las fronteras, a la absorción de las naciones débiles y a la conquista de nuevas colonias. El imperialismo es expansivo y *ofensivo* por naturaleza, y se caracteriza por esta cualidad, no por las tortuosas maniobras de los diplomáticos.

De esta manera, el principio de autodeterminación nacional, que conduce, en numerosos casos, a la descentralización estatal y económica (desmembramiento, declive), choca de forma hostil con los esfuerzos centralizadores del imperialismo que posee el aparato del poder y la fuerza militar. Es verdad que a menudo el movimiento separatista nacional encuentra un apoyo en el imperialismo del estado *vecino*. Pero esta ayuda sólo se demuestra eficaz en el caso de cambio de la relación de las fuerzas militares. Apenas se llega a un choque entre dos potencias imperialistas, las *nuevas* fronteras se definen, no sobre la base del principio nacional, sino sobre la de las relaciones de fuerza presentes. *Obligar* al vencedor a renunciar a la anexión de los territorios conquistados es tan difícil como forzarlo a ofrecer por adelantado la libertad de elección a las provincias ocupadas. Incluso si se produjese el milagro (esto es lo que parlotean los semifantásticos, semicanallas del tipo Hervé) que Europa, por la fuerza de las armas, fuese repartida en gobiernos nacionales perfectos, la cuestión nacional tampoco sería resuelta. Al día siguiente, luego de un reparto “equitativo”, la expansión capitalista recomenzaría su obra, se multiplicarían los conflictos, estallarían las guerras con nuevas conquistas, y esto sería el aplastamiento definitivo del derecho de autodeterminación, para el que no hay bastantes bayonetas para defenderlo.

Esto sería como si se obligase a jugadores profesionales, a mitad de una partida “leal”, a repartir sus ganancias para recomenzar el juego con dos veces más medios para hacer trampas.

Pero frente a la potencia de las tendencias centralizadoras del imperialismo, no se deduce que debemos plegarnos a ellas. La colectividad nacional es un hogar viviente de cultura, tanto como la lengua nacional su organismo vivo, y ambos conservan su significado durante un tiempo indeterminado de períodos históricos. La socialdemocracia quiere y debe, en interés de la cultura material y espiritual, garantizar la libertad de desarrollo (o de formación), porque retoma de la burguesía revolucionaria el principio democrático de la autodeterminación como deber político.

El derecho a la autodeterminación no debe ser separado del programa proletario de paz; pero no puede pretender tener un significado *absoluto*. Al contrario, para nosotros está limitado por las tendencias progresivas del desarrollo histórico. Si bien el “derecho” debe ser opuesto (en el plano de la lucha revolucionaria) a los métodos centralizadores del imperialismo, el proletariado, por otro lado, no puede tolerar que una “frontera nacional” se atravesase en la ruta del progresismo que planifica la economía mundial. El imperialismo es la expresión capitalista y rapaz de esta tendencia de la economía. Hay que arrancarse definitivamente el absurdo de la limitación nacional, como ésta fue arrancada del absurdo de la limitación de la aldea y del distrito. Al luchar contra las formas imperialistas de la centralización económica, el socialismo no solamente no ataca esta tendencia, sino que, por el contrario, hace de ella su principio director.

Desde el punto de vista del desarrollo histórico, como del de las cuestiones planteadas a la socialdemocracia, la tendencia centralizadora de la economía actual se revela *fundamental*, y hay que garantizarle el cumplimiento de su misión histórica: *la edificación de una economía mundial unida*, independientemente de las ramificaciones nacionales, sometida únicamente a las exigencias del suelo, del subsuelo, del clima y del reparto del trabajo. A los polacos, serbios, alsacianos, dálmatas, belgas y demás pueblos pequeños no conquistados todavía se les podrán restablecer sus derechos y sus fronteras y podrán gozar de su cultura propia, siempre que no se opongan económicamente unos a otros. En otros términos, para que todos estos pueblos no se sientan molestos con su unión, es preciso que sean destruidas las fronteras que los encarcelaban hasta ahora. Es necesario que los marcos del estado, como organización *económica, no nacional*, sean ampliados y abracen a toda Europa. Solamente en la unión económica de los países europeos, liberados de las obligaciones aduaneras, es posible hacer vivir una cultura nacional y un desarrollo desembarazados de los antagonismos nacionales y económicos.

Esta dependencia directa de la autodeterminación de los pueblos débiles le niega al proletariado la posibilidad de plantear el problema, por ejemplo, de la independencia de Polonia o de la unión de los serbios *al margen de la revolución europea*. Pero esto significa, por otro lado, que el derecho a la autodeterminación, como parte constituyente del programa proletario de paz, posee un carácter no “utópico”, sino revolucionario. Esta concepción está dirigida, primeramente, contra los alemanes David y Landsberg que, desde lo alto de su “realismo” imperialista, tratan el principio de independencia como un romanticismo reaccionario; en segundo lugar, contra los simplificadores de nuestro propio campo revolucionario, que declaran que este principio no es realizable más que por el socialismo, y se liberan así de la necesidad de dar una respuesta de principios a los problemas nacionales planteados por la guerra.

Entre el actual estado general y el socialismo se extiende la gran época de la *revolución social*, es decir, la de la lucha abierta del proletariado por la conquista del poder y la utilización de éste para la democratización de las relaciones colectivas y la conversión de la sociedad capitalista en una sociedad socialista. No será una época de paz y de calma, sino, muy por el contrario, un período de extrema tensión, el de la sublevación de los pueblos, de guerras, de ampliación de los intentos del régimen socialista, de reformas socialistas. Esta época le exigirá al proletariado una respuesta directa y activa a la cuestión planteada por las condiciones futuras de existencia de naciones y de relaciones mutuas con el gobierno y la economía.

IV Los Estados Unidos de Europa

Más arriba, hemos tratado de establecer que la unión económica y política de Europa es la base indispensable de la posibilidad de la autodeterminación nacional. Al igual que el eslogan independencia nacional para los serbios, griegos, búlgaros, etc. no es más que pura abstracción sin el eslogan complementario “República Federativa Balcánica”, a escala europea, el derecho a la autodeterminación sólo tomará consistencia en las condiciones de una República Federativa Europea.

Si el eslogan de una democracia federativa era de esencia puramente proletaria en los Balcanes, lo es con más razón en el resto de Europa, en donde el antagonismo capital-proletariado es incomparablemente más fuerte.

La supresión de las aduanas “internas” es una dificultad más o menos insuperable para la política burguesa (y sin ella, todos los arbitrajes y los códigos son tan eficaces como la neutralidad belga). El esfuerzo hacia la unión del mercado europeo, y el de apoderarse de los países subdesarrollados no europeos, ambos creados por el desarrollo del capitalismo, chocan con la gran resistencia de las clases capitalistas y agrarias, en manos de las cuales el aparato aduanero en relación con el aparato militar (sin el cual el primero no es nada) es un instrumento irremplazable de explotación y enriquecimiento.

La burguesía financiera e industrial húngara se opone a la unión económica con Austria, mucho más desarrollada en su sistema capitalista. La burguesía austrohúngara es hostil a una unión aduanera con Alemania, mucho más fuerte. Los partidos que defienden a los terratenientes alemanes no consentirán nunca voluntariamente la supresión de las tasas sobre el trigo. Que los intereses económicos de las clases poseedoras de los Imperios Centrales no armonizan fácilmente con el de los capitalistas anglo-franco-rusos lo demuestra elocuentemente la guerra actual. El desacuerdo de intereses capitalistas en el seno mismo del campo aliado es todavía más visible que entre los partidarios de la Triple Alianza. Bajo estas condiciones, una unión económica europea realizada *desde arriba* no es más que pura utopía. No podrá tratarse más que de medidas y compromisos parciales. Esta unión, fuente de desarrollo tanto de la producción como de la cultura, sólo puede ser realizada por el proletariado combatiendo al proteccionismo imperialista y a su instrumento, el militarismo.

Los Estados Unidos de Europa, sin monarquía, sin ejército permanente y sin diplomacia secreta, he ahí la cláusula más importante del programa de paz proletario.

La ideología y la política del imperialismo alemán han hecho promover más de una vez un programa de “Estados Unidos”, es decir de Estados de Europa Central. Unir Europa por la violencia, tal es la característica de este programa, tanto como el de los franceses que preconizan desmembrar Alemania.

Si los ejércitos alemanes hubieran alcanzado esa victoria decisiva descontada al inicio de la guerra, el imperialismo alemán habría hecho la gigantesca tentativa de realizar la alianza aduanera y militar de los estados europeos, hecha de extorsiones y compromisos que le habrían quitado todo carácter progresivo al mercado europeo. No vale la pena hacer notar que bajo esas condiciones no se trata más que de una autonomía de naciones reunidas por la fuerza en una caricatura de Estados Unidos Europeos. Esta perspectiva nos ha sido opuesta con el pretexto de que nuestra idea puede, en ciertas condiciones, tomar una realidad “reaccionaria” de imperialismo monárquico. Justamente esta perspectiva presenta el más puro testimonio a favor del valor realizador de nuestra consigna. Si el militarismo alemán lograra unir con la violencia a la mitad de Europa, ¿cuál sería la consigna del proletariado europeo? ¿La ruptura de la unión europea maniatada y el retorno de los pueblos al aislamiento nacional? ¿El restablecimiento de aduanas “autónomas”, de monedas “nacionales”, de un código

social “nacional”? Evidentemente no. El programa revolucionario comporta la destrucción de la forma antidemocrática de una unión realizada mediante la violencia. Con otras palabras, nuestro eslogan: sin ejército permanente y sin monarquía, es el eslogan unificador y directriz de la revolución europea.

Tomemos la segunda hipótesis, “la partida nula”. Al inicio de la guerra, el eminente profesor List, propagandista de la “Europa Unida”, demostraba que incluso si Alemania no ganase, la unión se haría y de manera más completa aún. Empujados por sus necesidades de expansión, pero incapaces de medirse unos con otros, los estados europeos continuarían cumpliendo su “misión” en África, en Extremo Oriente y en Asia, y se verían contenidos por los USA y Japón. Por tanto, la necesidad de ponerse de acuerdo (siguiendo a List) en el plano económico, obligaría a las principales potencias a unirse contra las naciones débiles y, esto cae por su peso, ante todo contra las masas trabajadoras. Ya hemos mostrado los obstáculos enormes que encontraría la realización de este programa. La superación de estos obstáculos, incluso a medias, significaría la creación de un trust imperialista de las potencias europeas, de una camaradería de rapaces. Y esta perspectiva es la que nos han opuesto, a guisa del peligro que presentaría la consigna “Estados Unidos de Europa”, mientras que, en realidad, es la demostración más clara de su significado realista y revolucionario. Si las potencias capitalistas se reunieran en un trust, sería un paso de hecho en relación con la situación *actual*, porque sería una base material y colectiva para el movimiento obrero. En este caso, el proletariado no tendría que combatir ya no contra el retorno a un gobierno nacional, sino por la conversión de un trust en una República Federativa Europea.

Desde arriba, se habla de estos amplios planes de unificación de Europa tanto menos cuanto que la guerra se prolonga, dejando al desnudo la total incapacidad del militarismo para dirigir las cuestiones que han provocado la guerra. En lugar de “Estados Unidos” imperialistas, han salido planes de unión económica entre Alemania y Austria, por un lado, de los países de la Entente, por el otro, con tarifas aduaneras de combate. Después de lo que acabamos de decir, no vale la pena insistir sobre el enorme significado que tomaría la política del proletariado luchando contra las barreras aduaneras y diplomáticas. Ahora, tras la enorme esperanza suscitada por la revolución rusa, tenemos fundamentos para pensar que en el curso de esta guerra se desarrollará en Europa un gran movimiento obrero. Está claro que éste no puede esperar la victoria más que siendo *paneuropeo*. Si se mantiene en los marcos de la nación, se expone a su derrota. Nuestros socialpatriotas llaman la atención sobre el peligro que el militarismo alemán hace correr a la revolución rusa. Este peligro es indiscutible, pero no es el único. Los militarismos inglés, francés e italiano, no son menos peligrosos que la máquina de guerra de los Hohenzollern. Para salvarse, la revolución rusa debe extenderse a toda Europa. Si el movimiento revolucionario afecta a Alemania, su proletariado debería buscar y encontrar un eco revolucionario en los países “hostiles” de occidente, y si en uno de esos países los proletarios le arrancasen el poder a la burguesía, estarían obligados a socorrer a sus hermanos de los demás países, aunque sea para conservar su poder. En otros términos, el establecimiento de la dictadura del proletariado no es “pensable” más que en su expansión por toda Europa, por tanto, pues, bajo la forma de una República Federativa Europea. La Unión Europea, no realizada por la espada y por los acuerdos diplomáticos, será el problema ineludible que se le planteará al proletariado victorioso.

Estados Unidos de Europa, tal es el eslogan de la época en la que acabamos de entrar. Sean cuales sean las operaciones militares, sean cuales sean los balances que mostrará la diplomacia, sea el que sea el tiempo de desarrollo del movimiento obrero, el eslogan “Estados Unidos de Europa” recibirá un enorme significado como fórmula de

lucha del proletariado europeo para conquistar el poder. En este programa está incluido el hecho de que el gobierno nacional ha vivido en tanto que base del desarrollo de la producción, de la lucha de clases; se transforma en dictadura del proletariado. Nuestro rechazo a la “defensa de la patria” deja de ser un acto puramente negativo de autodefensa ideológica y política, y recibe toda su significación revolucionaria en el caso únicamente en que opongamos, a la defensa conservadora de una patria nacional obsoleta, la concepción mucho más elevada de “patria” de la revolución, la república europea, en la que sólo su advenimiento permite al proletariado revolucionar y organizar el mundo.

He ahí la respuesta a quienes preguntan dogmáticamente “¿Por qué la unificación de Europa y no la del mundo entero?”. Europa no es sólo una apelación geográfica, sino una colectividad económica y de cultura histórica. La revolución europea no tiene que esperar a la revolución en Asia y en África, tampoco en América y en Australia. Una revolución victoriosa en Rusia o en Inglaterra es impensable sin una revolución en Alemania, y viceversa. La guerra se llama mundial pero, incluso con la intervención de los USA, es europea a pesar de todo. Los problemas revolucionarios le siguen planteados al proletariado europeo.

Cae por su peso que los Estados Unidos de Europa no serán más que uno de los dos ejes de la organización mundial económica. El segundo está constituido por los Estados Unidos de América.

La única concepción histórica un poco concreta contra el eslogan “Estados Unidos” ha sido formulada por el periódico suizo *Socialdemócrata* en los siguientes términos: “El desarrollo desigual económico y político es una ley absoluta del capitalismo”. El diario extrae de ello la conclusión que si bien la victoria del proletariado es posible en cada país, no se deduce de ello fatalmente que esta dictadura proletaria deba arribar a la formación de los Estados Unidos de Europa. Que el desarrollo capitalista es desigual en los diferentes países, es una concepción absolutamente indiscutible. Pero esta desigualdad es ella misma desigual. Los niveles capitalistas en Inglaterra, Austria, Alemania y Francia, no son los mismos. Pero en relación con Asia y África, estas naciones representan una “Europa” capitalista madura para la revolución. Que cada nación no debe “esperar” a las otras en su lucha, es un pensamiento elemental que es bueno e indispensable repetir, con el fin de que la idea de un internacionalismo paralelo no se convierta en el de un internacionalismo atentista [de esperar]. Sin esperar a los demás, nosotros proseguimos nuestra lucha con la firme convicción que nuestra iniciativa dará el impulso deseado a la lucha de los demás países; si esto no se produjese, sería desesperante pensar (como lo atestiguan las experiencias históricas y las concepciones teóricas) que, por ejemplo, la Rusia revolucionaria podría encontrarse frente a una Europa conservadora, o que la Alemania socialista podría seguir estando aislada en un mundo capitalista.

Examinar las perspectivas de revolución social en las fronteras de los marcos nacionales sería ser víctima de una estrecha concepción nacional, que constituye la esencia del nacionalpatriotismo. Vaillant consideraba a Francia como la tierra prometida de la revolución social, y en ese sentido, la defendía hasta el final. Lentsch y otros (unos hipócritamente, otros abiertamente) piensan que la defensa de Alemania significaría la ruina de las bases de la revolución social. Al fin de cuentas, nuestros Tsereteli y Chernov, introduciendo entre nosotros la lamentable experiencia del ministerialismo francés, juran que su política sirve a la causa de la revolución y no tiene nada en común con la política de Guesde y de los Sembat. No hay que olvidar que el socialpatriotismo, junto a un reformismo vulgar, contiene un mesianismo nacionalrevolucionario que contempla a su propio país (por la industria, o por sus formas democráticas, o por sus

conquistas revolucionarias) como el único elegido para guiar a la humanidad hacia el socialismo o la democracia. Si una revolución victoriosa fuese “pensable” en los límites de una nación mejor preparada, ese mesianismo, ligado al programa de defensa nacional, encontraría su justificación histórica. Pero en realidad no la posee. Luchar con semejantes métodos para conservar la base nacional de la revolución, métodos que rompen los lazos internacionales del proletariado, es minar virtualmente la revolución que sólo puede debutar sobre una base nacional, pero que no puede expandirse completamente a causa de la interdependencia económica y políticomilitar de los estados europeos que la guerra actual ha puesto en evidencia más que nunca. Esta interdependencia que justifica las actividades comunes de los proletarios europeos, ofrece toda su expresión a la consigna Estados Unidos de Europa.

El socialpatriotismo que, de principios, si no siempre de hecho, conduce a las conclusiones del socialreformismo, nos propone dirigir la política del proletariado siguiendo la línea del “mal menor”, es decir, adhiriendo a uno de los grupos beligerantes. Rechazamos este método. Afirmamos que esta guerra preparada por el desarrollo capitalista ha planteado brutalmente los problemas *fundamentales* del desarrollo capitalista contemporáneo *integralmente*, y que la línea de conducta del proletariado internacional debe definirse no por signos secundarios políticos y nacionales (pues sería necesario pagar estas inciertas ventajas con la renuncia a una política independiente del proletariado), sino por el antagonismo de base entre el proletariado internacional y el régimen capitalista en su conjunto.

Plantear así esta cuestión de principios es el único medio de conferirle su carácter revolucionario. Por sí sola justifica, en la teoría y en la práctica, la táctica del proletariado internacional.

Negando el estado (no en nombre de la propaganda, sino en nombre de la clase más importante) el internacionalismo no se lava pasivamente del “pecado” de la catástrofe, sino que afirma que la suerte del proletariado mundial no está ligada a la del gobierno nacional, éste, por el contrario, debe dejar lugar a una organización más elevada en cultura y en economía, descansando sobre bases más amplias. *Si el problema del socialismo pudiera coincidir con el marco del estado nacional, coincidiría con la defensa nacional.* Pero el problema del socialismo se plantea ante nosotros sobre bases imperialistas cuando el capitalismo está obligado a romper los marcos nacionales y gubernamentales.

La semiunificación imperialista de Europa podría esperarse, como hemos tratado de demostrarlo, como una victoria total de uno de los adversarios, o por un cese indeciso de la guerra. En uno u otro caso, esta unificación sería la negación del derecho a la autodeterminación de las pequeñas naciones y la centralización de todas las fuerzas de la reacción monárquica, ejército permanente y diplomacia secreta.

La unificación republicana y democrática de Europa, única capaz de garantizar el desarrollo nacional, solo puede hacerse por la vía de la lucha revolucionaria contra el centralismo militarista, dinástico e imperialista, y por el levantamiento de las diferentes naciones. Pero la revolución europea victoriosa, cualquiera hayan sido sus peripecias en las distintas naciones (en ausencia de otras clases revolucionarias) únicamente puede darle el poder al proletariado. En consecuencia, los Estados Unidos de Europa representan, ante todo, la única forma imaginable de la dictadura del proletariado europeo.

Epílogo de 1922

Programa de paz sigue estrechamente la tesis expuesta en el primer tomo de *La guerra y la revolución*.³

Hemos repetido varias veces que la revolución proletaria no puede expandirse de manera victoriosa en los marcos nacionales. Esta afirmación podría parecer a algunos lectores negada por la experiencia de casi cinco años de nuestra República Soviética. Pero esta conclusión no está fundamentada. El hecho de que el poder obrero haya podido mantenerse contra el mundo entero, y en un solo país, por lo demás, atrasado, rinde testimonio de las colosales capacidades del proletariado, que en los países más avanzados, más civilizados, obraría milagros. Pero, en el sentido político y militar, en tanto que gobierno, nosotros no hemos llegado a la formación de un estado socialista, e incluso ni nos hemos aproximado. La lucha por la conservación del poder revolucionario ha provocado una disminución extraordinaria de las fuerzas productivas; ahora bien, el socialismo sólo es imaginable por el crecimiento y plenitud de éstas. Las negociaciones aduaneras con los estados burgueses, las concesiones, la Conferencia de Ginebra, son un testimonio aplastante de la imposibilidad de la edificación aislada del socialismo en los marcos nacionales. Mientras los demás estados posean gobiernos burgueses, en nuestra lucha contra el aislamiento económico nos veremos forzados a buscar acuerdos con el mundo capitalista; podemos afirmar con certeza que estos acuerdos pueden ayudarnos a curar nuestras heridas, a avanzar un poco, pero el grandioso impulso de la economía socialista en Rusia no será posible más que con la victoria del proletariado en las principales naciones europeas.

Los acontecimientos de los últimos años rinden un claro testimonio de que Europa forma un todo, no solamente geográfico, sino económico y político: la decadencia de Europa, la creciente potencia de los USA, las tentativas de Lloyd George de salvar a Europa mediante la combinación de los métodos del imperialismo y del pacifismo.

Actualmente, el movimiento obrero europeo se encuentra en un período de actividad defensiva, reuniendo sus fuerzas y preparándose. Un nuevo período de combates revolucionarios, declarados en vistas a la toma del poder, empuja inevitablemente hacia delante la cuestión de la interacción de los pueblos de la Europa revolucionaria. La única solución a esta cuestión es la creación de los Estados Unidos de Europa. En tanto que la experiencia de Rusia ha hecho avanzar el poder soviético como la forma más natural de la dictadura del proletariado, en tanto que la vanguardia proletaria de otros países ha admitido, como principio, esta forma de poder, podemos augurar que, a partir del renacimiento de la lucha directa por la conquista del poder, el proletariado europeo promoverá el programa de la República Soviética Europea. En la actualidad, la experiencia de Rusia es rica en enseñanzas. Bajo el régimen proletario, atestigua la perfecta armonía de la autonomía nacional y cultural más amplia con el centralismo económico.

En este sentido, la consigna “Estados Unidos de Europa”, traducida al lenguaje del gobierno soviético, conserva no solamente su sentido propio, sino que promete desvelar su inmenso significado en la inminente época de la revolución social.

³ El epílogo fue escrito para la inclusión de este folleto en la obra en dos volúmenes *La guerra y la revolución*, publicada en 1922. Hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, jamás se ha publicado una versión en castellano de dicha obra. Para el lector deseoso de leer algún texto breve de Trotsky resumiendo la cuestión pretendidamente teórica del ‘socialismo en un solo país’ estas EIS le recomienda la lectura de *¿Socialismo en un solo país?*, aunque en el catálogo de estas ediciones podrá encontrar abundante material sobre el tema. EIS.